

nos cortan el camino ligeros, ruidosos, dejando apenas en el agua estelas blancas.

Nosotros también hemos recogido el remo y hemos sacado todo el trapo posible. Filamos bastante á gusto y respiramos aquella brisa salvadora—un poco contrariados, sin embargo, de sentir que nuestra marcha es casi pesada en medio de todas aquellas cosas que vuelan.....

II.

30 de Agosto de 1883.

..... Al despertar, miré el fresco musgo sobre el cual había dormido. Se parecía á los musgos franceses, y había también gramíneas finas, que recordaban las de los bosques familiares donde viví de niño, á la sombra de grandes robles, sobre un suelo pedregoso favorable á los matorrales.

Todo aquello pasaba al pie de una pequeña pared, en un recodo muy sombrío.

Y no había tampoco nada extraño al pie de aquel muro sobre el cual se apoyaba mi cabeza: era como los de las casuchas de nuestras aldeas; en otro tiempo, blanqueado con una capa de cal al estilo campesino; ahora todo verde con helechos en los agujeros..... Sin duda era alguna cabaña abandonada, aislada en medio de una región poblada de árboles. (Se adivinaba que alrededor de uno había profundas espesuras de verde.)

Y tuve la sensación completa durante dos se-

gundos, la sensación del *país* con el encanto de nuestros veranos de Francia; la ilusión de una de las mañanas de niño, al despertar en alguno de nuestros bosques.

..... Sin embargo, fuerte viento que pasaba por las ramas, y que pasaba siempre, aquel viento fuerte era muy cálido y acarreaba olores desconocidos..... Luego oí gemir al mar cerca de mí, y encima de mi cabeza otro sonido — un sonido de lejanas playas — lanzándome de pronto en un mundo confuso de recuerdos de otras partes..... Entonces miré hacia arriba. En la luz excesiva de aquel cielo, un cocotero, montado sobre su largo tallo, retorció sus grandes plumas despeinadas.

Todo esto produce una tristeza y un ruido que pertenece exclusivamente á las playas de la Océanía, y me asaltó, durante otro rápido instante, el recuerdo palpitante de mil cosas tahitianas, olvidadas ya, ¡ay! borradas. Me levanté preguntándome: ¿Estoy allí acaso?

Pero no; mis ojos se encontraron con aquella pared que me había recordado las aldeas de Francia; vi que estaba adornado de una manera parti-

cular, erizado de cuernos y uñas de formas extrañas y misteriosas, roídas por el tiempo, y un monstruo de porcelana en el alero del tejado me miraba con su risa china.

¡La China! ¡la remota China! ¡Por fin estaba ya allí! Por consiguiente, en algún rincón perdido de la gran celeste tierra es donde yo había dormido, tranquilo, con aquel sueño de verano.....

¡Oh! entonces sentí un recuerdo desgarrador de nuestros bellos estíos de Francia, de estos hermosos años, tal vez los últimos de mi juventud, que van á consumirse quizás aquí, lejos de todo lo que amo, de todo lo que he amado.

..... Dormido cerca de la vieja pagoda, ya familiar, que está allí, sola en la isla verde, y donde los pescadores vienen á pedir á Buddha que llene sus redes. Y, sin abrir siquiera los ojos, encuentro en mi memoria la grande bahía de sombrías montañas que encierra aquel islote verde, y también el interior de aquella pagoda de los bosques, con sus ídolos, sus tres ó cuatro monstruos, viejos gnomos llenos de salitre que duermen allí en la húmeda obscuridad.

¿Cómo he llegado á aquel país de Tuzane, á orillas del mar de China? ¿Y cuándo saldré de aquel destierro?

Ahora lo recuerdo..... Estas cosas se hacen muy de prisa. Una orden de marcha llega como un rayo un hermoso día de primavera. Había guerra por aquí, y en un momento hubo que dejarlo todo, ir á embarcarse á Brest, partir sin mirar atrás. Después de una semana de preparativos, de adiós, llegó el día del aparejo, se hizo á bordo la llamada solemne de las marchas, mientras que las costas bretonas se borraban detrás de nosotros en lontananzas infinitas.

Luego el mar se hizo más azul, el cielo más caliente, y apareció la Argelia, que, como siempre, me embriagó.

Muy corta, muy fugitiva aquella escala en Argel, antes del infierno amarillo de Asia.

Aquel encanto argelino está constituido para mí por mil recuerdos de una época pasada de mi existencia; y luego, de aromas africanos, de cosas indecibles é incomprensibles que vagan en el aire y en la luz.

De día, los dulces paseos á la sombra, ó bien las carreras, como en otro tiempo, sobre caballos de spahis con el amigo Si-Mohamed. Y por la noche, en los barrios altos, en la población mora, misteriosa y blanca bajo la luna, los pitos árabes gimiendo horas enteras en tristeza estridente sobre las mismas notas eternas, con gran ruido de tambores, la única música que todavía me encanta, ahora que me siento hastiado de las armonías refinadas.

Después atravesamos todavía las aguas tranquilas y azules hasta Port-Said, gran mescolanza de todas las naciones de Europa sobre un fondo egipcio y arenas infinitas.

Pasó el istmo de Suez muy de prisa, las arenas refulgentes del país de Moisés, los espejismos, las caravanas en las costas, y bajamos por el mar Rojo.

Y el calor aumentaba, y el azul del cielo se empañaba con arena y no se respiraba ya. Era en Julio; una gran brisa de horno nos empujaba hacia atrás. De noche las estrellas cambiaban, la cruz del Sur subía lentamente en nuestro cielo, y saludaba yo con emoción aquel recuerdo lejano.

Por fin entramos en el Océano Índico, con brisa igual, tiempo templado y puro. Nos íbamos tranquilizando de los dolores de la partida, y la espantosa distancia aumentaba siempre.....

..... La isla asombrosa de Ceylán, entrevista un día de gran viento, bajo un cielo obscuro..... El suelo estaba cubierto por las hojas y las flores caídas de la bóveda inmensa de los árboles; la tierra estaba humedecida por lluvias torrenciales; las noches eran calurosas y sombrías, y el olor irritante del almizcle llenaba el aire. Una turbación sensual y pesada, lanzada durante las noches por ojos indios, por mujeres de brazos de bronce con anillos de plata, que marchaban con tranquilidad de diosas, vestidas con paños de color de rosa.....

Después volvió otra vez la vida sana y reposada del mar, la gran pacificación del mar, que todo lo borra; marchábamos á la vela sobre Malacca, y veíamos diariamente el mismo cielo admirablemente puro, el mismo encanto de luz.

Una noche, á la una de la madrugada, en medio de aquel golfo de Bengala, los timoneros tenían

consigna de despertarme, aunque no estaba de servicio: pasábamos por el punto calculado en que veinte años antes habían sumergido á mi hermano. Y me levanté para ir á ver á mi alrededor las transparencias azuladas del mar y de la noche.

Todo estaba tranquilo la noche aquélla; la luna un poco velada; el horizonte muy profundo hacia el Sur. Por el Norte, al contrario, en la dirección de aquella sepultura, densas nubes se habían posado sobre las aguas y arrastraban sobre el mar anchas sombras parecidas á pantallas gigantes.

El monzón que nos había hecho andar murió pronto al llegar á las cercanías del Ecuador, y una tarde la punta del reino de Achem se nos apareció en la luz dorada. Entonces sobre el agua, todavía más caliente, mostráronse los primeros champanes con sus velas plegadas como alas de murciélagos: llegábamos á la extrema Asia; entrábamos en el infierno amarillo.

Y en Singapoore, bajo las grandes plantas ecuatoriales, comenzó alrededor de nosotros el inundo hormigueo chino, la agitación de monos

de los ojos rasgados hasta las sienes, de las cabezas afeitadas y de las coletas.

Remontamos rápidamente el mar de China empujados por el monzón de Sudeste.

¡Oh! ¡aquella llegada á Tonkín, en un tiempo sombrío y bajo torrentes de lluvia!.... Aquel día me levantaba todavía muy débil de una insolación, la única enfermedad seria de mi vida, que me había puesto á dos dedos del sepulcro. Era temprano: mi marinero Silvestre, quien me cuidaba, me dijo al verme abrir los ojos: «Hemos llegado á Tonkín, capitán.» Nuestro barco seguía navegando; pero, en efecto, por mi portilla abierta, veía pasar vagamente cosas de una inverosimilitud completamente nueva: gigantescos menhires grises saliendo por todas partes del mar. Había millares que desfilaban unos tras otros, como un mundo de piedras puestas en pie, formando avenidas, círcos, dédalos: una Bretaña desmesuradamente agrandada y sobrecargada por un fuego latente, pues el cielo estaba más negro que un cielo de invierno sobre el país céltico. Creí que todavía deliraba, que veía cosas imaginarias, un país dan-

tesco, y trataba de volver á conciliar el sueño.

Pero no, todo aquello era la bahía de Ha-Long, sencillamente, una región de aspecto único sobre la tierra. No es cosa que dure mucho una insolación cuando no se ha de morir de ella: al día siguiente pude reanudar mi servicio y adquirir la seguridad de que aquello era un país real y positivo.

Luego dejamos aquella rada por la entrada del río de Hué. Los sucesos se precipitaron bajo aquel sol que agobiaba. Tuvo lugar la toma de Thuan-an, á los tres días de bombardeo y de combate. Y después de todas estas agitaciones comenzó para nosotros la paz de la estancia en Tuzane. Una paz triste, agobiada de calor; una paz de destierro en un rincón perdido de Anam y por un tiempo indefinido.

Nos han confiado la custodia de esta provincia y de sus puertos. Habrá que aclimatarse, y que pasar el invierno tal vez. ¡Ay! ¡qué tumba tan extraña y tan distante!

Alrededor de aquella bahía donde fondea nuestra *Circe*, no hay más que montañas altas y som-

brias. En el fondo, allá abajo, se abre un río, y en el primer recodo la aldea vieja y caduca se oculta entre los delgados bambúes que parecen avenas floridas.

Pero conozco ahora tan bien aquella aldea, tanto la he recorrido, visitado y registrado en sus últimos recodos, que todo me parece cansado é insignificante. Pasado el primer interés de curiosidad, digo que nunca me gustará aquel país, ni ninguna criatura de aquella triste raza amarilla. Es el verdadero suelo de destierro donde nada me detiene ni me encanta.

Así es que he adoptado este islote verde y esta sombra de la pagoda. Vengo á ella por la tarde, después del ardor del mediodía, cuando el sol descende, á empaparme en la vida silenciosa y más fresca de las plantas; vengo casi siempre solo con los marinos de mi bote; y esto les entretiene también á ellos, por más que la isla en miniatura no sea más que un bosque enredado de bejucos y jazmines donde no habitan más que monos.

Ya nos hemos familiarizado mucho con esta

pagoda siempre desierta; nos sirve especialmente como cuarto de baño, y dejamos aquí nuestra ropa bajo la vigilancia de los espíritus, pequeños monstruos horribles que vigilan en la obscuridad del santuario, y luego vamos á bañarnos.

Y este templo búddhico nos inspira una especie de respeto, á pesar de todo; no desarreglamos nada y hablamos bajo; porque está obscuro, y luego, alrededor de los sitios donde se ha rogado mucho tiempo, flotan esencias desconocidas. En las iglesias bretonas muy antiguas, en todos los templos de todas las religiones del mundo, he experimentado esta opresión de lo sobrenatural.